

«Que en el s6lio de Castilla se siente uno 6 otro monarca, que Espa1a se d6 una 6 otra forma de Gobierno, permaneced tranquilos: no empu1eis las armas en pr3 ni en contra de ninguna banderia ni de ningun pr6ncipe.»

Estas palabras, demasiado francas en un ministro de la Corona, que eran el eco de la opinion general, bastante despreocupada con respecto 6 la cuestion din6stica, fueron consideradas por los defensores del trono como el colmo del escepticismo pol6tico, y merecieron por parte de la prensa democr6tica los m6s fervorosos aplausos.

La desunion cundia en el Ministerio, y se manifest3 ostensiblemente con motivo de las quintas. El ministro de la Guerra, O'Donnell, manifest3 terminantemente contra el torrente de la opinion del pa6s, que era preciso que las quintas continuaran como medio seguro de reemplazar el ej6rcito, y que no continuaria en el Gobierno, si no se le concedia un ej6rcito permanente de 70.000 hombres; el duque de la Victoria manifest3 por el contrario, que los soldados licenciados debian reemplazarse por medio de enganches voluntarios.

A pesar de estas divergencias, el Ministerio lleg3 unido y compacto 6 la apertura de las C3rtes, que se celebr3 el dia 8 de Noviembre con un aparato majestuoso, y en medio del mayor j6bilo y el m6s vivo entusiasmo. En el discurso de la Corona la Reina manifestaba 6 los diputados que reconocia y confesaba sus faltas, 6 las que traidores consejeros la habian arrastrado, que todos debian olvidar los pasados errores: recomendaba la union y la concordia para consolidar la alianza del trono y el pueblo, y que 6 la lealtad de las C3rtes se confiaba, como representantes del pueblo, 6 quien deseaba tender los brazos.

Desde los primeros momentos, y antes de que la Asamblea se constituyera, se pudo adivinar que su vida ser6 borrascosa y turbulenta. Cuatro elementos discordes se hallaban representados en las C3rtes Constituyentes: los dem3cratas 6 republicanos que componian una respetable minor6a, y que venian decididos 6 defender 6 todo trance ideas completamente nuevas en la vida parlamentaria, y 6 hacer una viva oposicion 6 la forma mon6rquica: los progresistas puros bastante numerosos, entusiastas partidarios de Espartero, que acataban 6 la Reina, pero que en lo dem6s profesaban ideas muy parecidas 6 las de los dem3cratas: los partidarios de la union-liberal, procedentes indistintamente del bando moderado y del progresista, deseosos de realizar por medio de una transaccion la fusion de los antiguos partidos; los moderados, por 6ltimo, apegados al r6gimen que acababa de ser derrocado, pocos en n6mero, pero osados y elegidos de entre los m6s selectos campeones del moderantismo vencido. Habia adem6s muchos diputados nuevos, desconocidos, incoloros, masa fluctuante que lo mismo podia ser encaminada h6cia un lado que h6cia otro.

Re1idas fueron las luchas que precedieron 6 la constitucion definitiva de la Asamblea, y que desde las primeras sesiones tomaron origen, no solo en la discusion de actas, sino en la confeccion del Reglamento que habia de regir. Pretendieron los dem3cratas que fueran seis los vicepresidentes, y estuvieron muy cerca de conseguirlo: en la cuestion del juramento hubo acalorados debates, y se resolvi3 por una transaccion, y por fin la lucha fu3 encarnizada y viva con motivo de una cuestion de mera etiqueta que se referia al modo de solemnizar los dias